

NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA.

*Ascendamus ad montem domini,
et docebit nos vias suas.*

Subamos al monte del Señor, y
nos mostrará sus caminos.

(ISAÍ., II, 3.)

La Virgen, saludada dichosa por todos los pueblos, manifestó con muchas y prodigiosas apariciones á todos los pueblos su maternal misericordia. Aparecióse desde los primeros tiempos del Cristianismo, ya para consolar á los afligidos, ya para fortalecer á los tibios; cuando para infundir valor en los combatidos, cuando para llevar la confianza al ánimo de los pusilánimes. De hechos de tal índole llena está la historia, llenas las leyendas, llenos los anales de todos los pueblos; y para hacer de ellos una enumeracion sumaria necesitariase toda la elocuencia, no ya de los hombres, sinó de los mismos ángeles.

Y si no puede dudarse, de que la Virgen ha favorecido con sus apariciones la pobre mansion de los hombres en todos los siglos, indubitable es tambien, que estas apariciones se repitieron con mayor frecuencia cuando las necesidades, los errores, la corrupcion de los tiempos, demandaban un patrocinio especial de la Madre de las misericordias. Así vemos que María se apareció á San Ambrosio para asegurarle su excelsa proteccion contra los arrianos, que con infernal encono perseguían á los católicos en el Milanésado. Aparecióse en el Piamonte, cuando las sangrientas luchas de Güelfos y Gibelinos destruían en la poética Italia la concordia y la paz. Aparecióse en Brescia, cuando la herejía de Lutero rebosaba ya en Alemania, su cuna, y amenazaba extender sus garras sobre toda la Europa. Aparecióse en la Palestina, cuando próximos los musulmanes á caer sobre Corfú, Venecia abrigaba sérios temores por sus vastas posesiones en los mares. Aparecióse en Castel-Leone y en Sanserezino, en Trevigis y en Sistoya, en Savona y en otros puntos, cuando los errores

de Calvino y de Quinglio, despues de invadir la Alemania, la Holanda, la Dinamarca, la Inglaterra, se extendían por la Francia, acercábanse á la Suiza y amenazaban la Italia.

Hé ahí, pues, cómo las apariciones de la Virgen, no solamente fueron siempre benéficas, sinó que fueron tambien oportunas. Pues bien, ambas condiciones, la beneficencia y oportunidad, descuellan maravillosamente en la aparicion que en nuestros días ocurrió en la montaña de la Saleta. Esta aparicion fué oportuna, porque acaeció en un tiempo, en que las potestades infernales luchaban con encarnizado empeño para perder á los hombres; esta aparicion fué benéfica, porque vino á convertirse en un manantial de gracias en medio de tantos y tantos males como oprimen y afligen al género humano. Debiendo, pues, hermanos míos, ocupar vuestra piadosa atencion en esta solemnidad, en que conmemoramos la aparicion de María Santísima en el monte de la Saleta, me concretaré á presentaros, á propósito de aquella oportunidad y de aquella beneficencia, pruebas irrefragables de la piadosa bondad y de la maternal misericordia de María, cuya gracia me ayudareis á impetrar, saludándola con las palabras del Angel. *A. M.*

Que en nuestros días, quizás con más empeño que nunca, pone en juego el Infierno todas sus artes y toda su industria para perder á la humanidad, demuéstranoslo desgraciadamente la experiencia con su elocuencia incontrastable. Una filosofía panteística, una literatura excéptica, una prensa inverecunda, una impiedad voluntariamente ciega, sistemáticamente sorda ante la luz de la verdad, por medios que deshonorarán ante las edades venideras á la edad presente, pugnan en medio de nosotros por erigir altares al libertinaje y al error, y presentan ante nuestra generacion una cuna en que se mece la incredulidad, y una tumba en que se sepulta la fé. De ahí que veamos, no solo desatendida, pero tambien ridiculizada, la autoridad de la Iglesia; no solo desmentido, pero tambien blasfemado el santo nombre de Dios; no solo olvidada toda fé y toda moral, pero tambien audazmente insultada toda moral y toda fé. En tales circunstancias, María aparecióse en la Saleta; en tales días descendió á esta nuestra tierra: y como quiera que eran días de tanta desolacion para la Iglesia, de tanta ruína para las almas, de tanta perdicion para los pueblos, nadie se atreverá á negar que su aparicion carezca de oportunidad. ¡Ah! Como vírgen, María no podía ser insensible al vicio, que tan despiadadamente corria todos los grados del orden social,

desde el más humilde al más elevado; como Madre, no podía menos de conmovirse en presencia de tantos hijos que, seducidos, caían en el fango de la corrupción; como Reina, no podía presenciar indiferente, que el soberbio enemigo extendiese sus rapaces garras sobre todo lo que á Ella es más caro; y para oponerse á la arrolladora corriente del mal, bajó á la tierra. Vino, y el mismo lugar, el tiempo mismo de su descenso, nos declaran el significado de esta aparición, que de consuno hacían oportunísima las asechanzas del Infierno y los pecados de los hombres. Aparecióse en un monte, y como el monte es un lugar solitario y elevado sobre el nivel de la tierra, por más que no hable sensiblemente, nos demuestra, que debemos elevarnos sobre las bajas miserias de la tierra, huir las ocasiones peligrosas, y engolfarnos en la soledad para atender verdaderamente á los intereses del alma. Aparecióse en la víspera del día en que se celebra la festividad de sus dolores; y puesto que nuestras culpas concurrieron á clavar en su pecho la espada de dolor que atravesó su corazón, ese día, sin hablar sensiblemente, nos demuestra, que debemos llorar amargamente aquellas culpas que tanto la afligieron en el Calvario, y por las cuales quedó convertida en la personificación del más acerbo dolor. De esta suerte procura María llevar al buen camino á los desgraciados, que, entregados completamente al mundo, no nos cuidamos de nuestra verdadera patria, el Cielo; de esta manera opone su solicitud maternal, al empeño insidioso del tentador.

Si bien es verdad, que otras varias apariciones de la Virgen presentan circunstancias parecidas á esta, ya sea por lo que respecta al lugar, puesto que María se apareció diferentes veces en los montes, ya sea por lo que respecta al tiempo, porque son varias sus apariciones en los días en que la lloramos dolorida, no es menos cierto también, que la aparición en la Saleta reúne circunstancias excepcionales, que, á mi juicio, demuestran de un modo clarísimo el por qué esta aparición sucedió en el siglo presente. Abrid, hermanos míos, las historias de los antiguos santuarios; examinad las crónicas de los monumentos sagrados de la antigüedad; registrad los volúmenes de los anales religiosos, y encontrareis, es verdad, que María se ha aparecido en los montes, ó en los días privilegiados de cualquier festividad; pero, no hallareis que se haya aparecido, como sucedió en la Saleta, en condiciones tan especiales, que no pueden menos de llamar poderosamente nuestra atención. Hallareis que se apareció circundada de ángeles, en medio de flores, fúlgida y deslumbradora; hallareis que se apareció en hábito de pastora, de guerrera ó de

peregrina; pero no encontrareis que se haya aparecido jamás llevando al pecho una cruz, un crucifijo, unas tenazas y un martillo, como se presentó en el monte de la Saleta á Maximino y á Melania. Estos instrumentos, signos de la pasión cruentísima á que por nuestra salud se sometió el Salvador, debían presentárenos precisamente en un siglo, que renueva diariamente con sus nefandos crímenes los horrores de aquella acerba pasión.

Y esto, no solo porque hoy reina el pecado, causa de aquel martirio, lo cual fué también propio de otros siglos; sino más bien porque la pasión, ya realizada en la persona física de Jesucristo, se renueva actualmente en su persona mística, la Iglesia. ¿Falta, acaso, alguna circunstancia, hermanos míos, para la renovación íntegra, absoluta, de aquella pasión? No será, ciertamente, que no veamos hoy sobornadas contra la persona mística de Jesús las turbas soeces, ni los discípulos traidores, ni los Caifás, que la acusan de blasfemia; ni los Pilatos, que pretenden excusarse lavándose las manos, ni los Herodes, que la insulten y escarnezan. Existen los azotes con que laceran sus miembros, repítense las punzantes espinas que taladran su frente, vemos los groseros cordeles que sujetan sus manos, presenciemos como la escupen al rostro. No faltan, nó, los improperios de la plebe, los falsos testimonios de pagados testigos, las blasfemias del ladrón impenitente, ni siquiera el nefando juego de la inconsútil vestidura, ante la vista misma de la inocente víctima. En estas condiciones, cuando María ve cernerse tal cúmulo de males sobre la Esposa amada de su Hijo amadísimo, desciende á la Saleta, trayéndose consigo los instrumentos de una pasión con tan heroico esfuerzo sostenida, con tan cruentas torturas soportada, con tanta y tan preciosa sangre regada, y enseña al siglo los excesos en que cae, la ferocidad, la injusticia, la ingratitude, la barbárie de que se hace reo.

No solamente se mostró María en la Saleta, llevando consigo los instrumentos de la pasión, lo cual era oportuno en un siglo en que se renueva aquella pasión misma; sino que se apareció ostentando impresas en su rostro las señales de la más profunda tristeza; lo cual era oportuno en un siglo, que debía sufrir el castigo consiguiente á la renovada pasión. Así como fué castigada la obcecación é ingratitude de aquel pueblo que arrastró á Jesucristo al Calvario, así también, bajo el trono del Eterno, se percibía terrible castigo contra un siglo, que hace sufrir á la Iglesia la pasión de Jesús. Entonces cerniéronse sobre Jerusalén las águilas latinas, que laceraron con sus férreas garras las vísceras de la ciudad deicida; ahora la discordia, la cares-

tia, el hambre, la peste, la guerra, aparejaronse á caer sobre una tierra manchada de tanta iniquidad. Entónces fué desmantelada la plaza, que careciendo de medios de defensa, presentaba desnudos sus flancos al asalto del vencedor; ahora aparecen obcecados los hombres, y no sabiendo dónde encontrar remedio, ven inevitable caer sobre ellos el merecido castigo. Entónces la muerte reinó como en el día de su victoria y de su triunfo en una ciudad de vencidos; ahora escenas muy parecidas á aquellas debían presentar estériles los campos, infecundas las semillas, desbordados los torrentes, sumergidas por las tempestades las naves, los aluviones trocando las tierras en cenagosos pantanos, asolando los países los terremotos y epidemias continuas, dejando huérfanas las familias y desoladas las naciones. Y así como Jesucristo lloró viendo los males que habían de caer sobre Jerusalén, lloró también María viendo desbordarse sobre nuestras cabezas aquella urna misteriosa, vista por San Juan en Patmos, y tantas veces llevada por nuestras culpas á la mano de la justicia del Señor.

Y observad, hermanos míos, que existe una gran diferencia entre María que sube al Calvario, y María que desciende á la Saleta. En el Calvario fué inmensa su aflicción, y sus facciones revelaban claramente, que de parte á parte atravesaba su alma la espada de Simeon, y que la Madre del Rey de Judá había llegado á convertirse en la más desolada de las mujeres, en la más dolorida de las madres. Pues bien; en medio de aquella tremenda tempestad que asolaba su corazón, Ella permanecía inmóvil; ni un lamento exhalaban sus labios; ni una lágrima rodó por sus mejillas. Y María, que no había llorado en el Calvario, lloró en la Saleta: Ella inclinó la cabeza, cubrióse con las manos el rostro, y abundantes lágrimas inundaron sus ojos. Lloró, porque si en el Calvario el abatimiento del Infierno era una compensación á su dolor, en la Saleta ni siquiera esta compensación le dejaban tantas y tantas almas voluntariamente sometidas al yugo infernal. Lloró, porque si en el Calvario hallaba lenitivo á su dolor en la salvación de los hombres, nuevos hijos suyos, en la Saleta privóla de este consuelo la pérdida de tantos de esos mismos hijos. Lloró, porque si en el Calvario veía salir del perforado costado de su Hijo bellísima á la Iglesia, en la Saleta ve cuán rudamente la misma Iglesia es combatida. Lloró, porque si en el Calvario veía reconciliarse en estrecho abrazo la justicia y la misericordia, en la Saleta ve que la misericordia, pálida, fría, envuelto el rostro en fúnebre manto, permanece prosternada ante el trono de Dios, y que la justicia, no

pudiendo soportar por más tiempo una generación de hombres, cuyos crímenes en tal manera han ofendido al Cielo, está pronta á vibrar sobre nuestras cabezas los rayos y saetas. ¡Ah! vosotros, desdichados, los que á los preceptos de Dios, á las máximas del Evangelio, á la doctrina de la Iglesia, anteponeis la doctrina, las máximas y los preceptos del siglo, venid aquí, oid, puesto que para volveros al buen camino, yo no diré que en este siglo reina el error, triunfa el vicio, se extiende la corrupción, ni me impondré la improba tarea de demostraros, que se reniega de cuanto hay de más sagrado y reverendo, que se conculca cuanto hay de más respetable y venerando; os diré, sí, que en este siglo, á quien aplaudís, y del cual os haceis esclavos, es un siglo que ha hecho llorar á María...

Y hé aquí lo que, con su aparición en la Saleta, se propuso principalmente María. Hablando con los dos pastorcillos de los Alpes, y encomendándoles que repitiesen sus palabras á todo el pueblo, dijoles cosas completamente opuestas á los más perversos hábitos de este siglo. «Propio es de este siglo, desatarse en blasfemias tales, que ni aún en el Calvario las oí peores;» y la beatísima Virgen, considerando lo enorme de esta culpa, exhorta á los hombres á no hacerse en lo sucesivo reos de un vicio tan sumamente oprobioso, no solo para los cristianos, sino para toda criatura racional algo delicada. «Propio es de este siglo, profanar sacrilegamente el día festivo;» y la Virgen, condenando la torpeza de este olvido de los más sagrados deberes, exhorta á los hombres á no seguir en adelante los inícuos consejos de aquellos, que, aún en los días consagrados al Señor, se alejan de los templos y de los altares. «Es propio de este siglo, no obedecer á la Iglesia, ya en lo que toca á los ayunos, ya en lo concerniente á la abstinencia de carnes en determinados días;» y la Virgen, señalando la gravedad de tal trasgresión, exhorta á los hombres á la saludable y útil observancia de estos preceptos. «Costumbre de este siglo es, menospreciar la oración, considerándola como práctica supersticiosa, inútil, buena solamente para las jovencillas y los niños;» y la Virgen, demostrando lo desatinado de estas máximas, nos exhorta á orar, recitando al ménos la oración dominical y la salutación angélica. Sus palabras son preciosos avisos, son piadosas advertencias, son maternales lecciones; y condenando todo aquello en que hoy más comunmente se peca, ofrécenos otro argumento para deducir la oportunidad de su aparición en estos nuestros días en la montaña de la Saleta.

María, además, Madre, como es, de la gracia y Reina de la mise-

ricordia, al aparecerse entre nosotros, no pudo ménos de "derramar en torno suyo, las benéficas aguas de la misericordia y de la gracia. ¡Oh clementísima Virgen! decía por esto mismo el devotísimo Idiota, Vos sois la Madre de la misericordia y de la gracia, porque, siendo sumamente rica y sumamente generosa, sois también sumamente benéfica y sumamente misericordiosa. Vuestro corazón es un vaso de misericordia por la abundancia de los afectos; vuestras manos son un vaso de misericordia por lo virtuoso de sus obras; vuestros labios son un vaso de misericordia por lo benigno de su intercesión; y puesto que Vos habeis engendrado la misericordia, vuestras vísceras no son otra cosa que el tesoro mismo de la misericordia. Así es, que, apareciéndose en casa de su prima Isabel, hizo que aquella casa se llenara de celestiales beneficios; así es, que, apareciéndose en la casa de Caná, en Galilea, hizo que en aquella casa se efectuase el primer milagro de su Hijo; así es, que donde quiera que se aparece, hace experimentar los efectos de su protección.

Lo dicho es aplicable á la aparición de María en la Saleta. En esta aparición vemos, en efecto, confirmados aquellos preciosos títulos que se tributan á la Virgen para invocarla rica de amable beneficencia. Ella se declara en la Saleta nuestra abogada, haciéndonos saber, que por Ella fué detenida la mano de la divina justicia, y suspendidos los terribles azotes que ya descendían por los aires á castigarnos. Ella, en la Saleta, se declara para nosotros ciudad de refugio, haciéndonos saber, que, en torno suyo agrupados, los justos obtendrán mayores gracias, y los pecadores aplacarán al Señor; justamente ofendido por sus culpas. Ella, en la Saleta, se declara esperanza nuestra, anunciándonos las bendiciones preparadas para los que se conviertan, y estimulándonos á convertirnos para obtenerlas. Se declara consuelo de los afligidos diciéndonos, que ruega incesantemente al Señor, para que no seamos castigados con nuevos y mayores castigos. Se declara causa de nuestra alegría, señalándonos los muchos bienes que, una vez convertidos, nos esperan, aún en los días de la presente vida, con el aumento de nuestros temporales intereses. Se declara, en una palabra, consagrada por completo á nuestra felicidad, siendo ésta precisamente la causa de su aparición y de sus consoladoras palabras.

Pues bien; si estos y otros títulos, para mayor gloria de María, se confirman con su aparición en el monte de la Saleta, hechos irrefragables han demostrado, que sobre todos los títulos mencionados obtuvo especial confirmación el que ya le daba Pedro Blesense, lla-

mándola piscina Probática. Hallábase en Jerusalén la tal piscina, al redor de cuyos pórticos agrupábase considerable muchedumbre de enfermos, ciegos, tullidos, paralíticos, esperando el momento en que aquellas aguas fuesen impulsadas por un ángel, para bañarse en ella y recobrar la salud; y á esta piscina comparaba con María el piadoso escritor, porque en las aguas abundantísimas de su gracia se obtienen beneficios innumerables. Y en efecto; esto se ha verificado en la Saleta por la aparición de María. En el lugar mismo en que la augusta Señora estuvo sentada, surgió un manantial de aguas prodigiosísimas. Si saludables eran las aguas de la Probática, saludables son también las aguas de la Saleta; las aguas de la Probática devolvían la salud á los enfermos, y las aguas de la Saleta alejan de los hombres toda clase de enfermedad; las aguas de la Probática curaban solamente las enfermedades corporales, las aguas de la Saleta preservan así de la enfermedad del cuerpo, como de la enfermedad del espíritu. Por consiguiente, de la fuente de la Saleta mana, no tanto una vena de agua, cuanto un raudal de gracias, que restituyen el oído á los sordos, la palabra á los mudos, la vista á los ciegos, el movimiento á los paralíticos, el consuelo á los afligidos, la paz á los atribulados, el arrepentimiento á los pecadores. Por todo lo cual, no solo las sencillas gentes del pueblo, sino también príncipes, prelados y multitud de personas respetables acudieron al afortunado monte, para dar gracias á la Providencia que con esta nueva Probática le ha enriquecido.

Y aunque esto sea ya mucho, no lo es todo. Existe entre las aguas de la Probática y las de la Saleta una diferencia grandísima, y no es necesaria una especial penetración para convencerse, de que las aguas de ésta, aventajan en mucho á las de aquélla. Para obtener la salud en la Probática era preciso que el enfermo fuese el primero en zambullirse en sus aguas, tan pronto como en ellas se notara el prodigioso movimiento; y para conseguir todo género de beneficios en la Saleta no es preciso atenderse al orden de prioridad; basta llegar con las debidas disposiciones á la montaña y beber de aquella fuente privilegiada. Por las aguas de la Probática veíase libre de la enfermedad que le afligía solamente aquel, que con oportunidad se hallara pronto á sumergirse en ellas; y por las aguas de la Saleta son plenamente consolados cuantos con filial confianza y sincera piedad, invocando el nombre de María, mojan en ellas sus labios y las consideran como la más segura y eficaz medicina á sus dolencias. En la Probática, el milagro se circunscribía á un tiempo determinado, pa-

sado el cual carecian aquellas aguas de virtud prodigiosa, mientras que en la Saleta no hay diferencia alguna de tiempo, ni dias más ó ménos determinados para la bondad de sus aguas, puesto que en cualquier tiempo y en cualquier día puede experimentarse en aquella fuente la inmensa misericordia de María. Y esto fué atestiguado, primero, por las personas piadosas; despues, creciendo el número de los prodigios y la certeza de los hechos mismos, viéronse precisados á confesarlo tambien, y con profundo convencimiento, hasta los más reacios.

Y ved con esto explicado el rápido incremento con que se desarrolló la devocion á Nuestra Señora de la Saleta; ved tambien explicado el inmenso concurso de peregrinos, no solo de los pueblos comarcanos, sinó aún de los más remotos países, que en interminables procesiones acuden al monte en que se apareció María. Acuden los unos, á venerar el lugar santificado por la presencia de María; los otros, á besar la piedra en que Ella se sentó; estos, á implorar de Ella humildemente alguna gracia; aquellos á proveerse del agua milagrosa. Millares y millares de peregrinos, aún en los meses del invierno, aún en la estacion de la nieves, aún en el tiempo de los hielos, se agrupan en la montaña de la Aparicion; millares y millares de lenguas, cantando piadosos himnos, bendicen el nombre de María. No reconoce obstáculos la piedad de aquellos devotos, ni lo largo del viaje, ni la aspereza del lugar, ni lo incómodo del camino. Mutuamente se animan los unos á los otros, mutuamente se confortan. ¡Adelante! gritan ¡adelante! Allá, en aquella cima se apareció la santísima Virgen; allá, en aquella montaña, les habló á Maximino y á Melania: ¡adelante, adelante! Y caminan, y llegan, y se postran en aquel lugar santo, y oran; y casi siempre al regresar á sus hogares, despues de cumplida la peregrinacion, siéntense consoladísimos por las gracias obtenidas de la Reina y de la Madre, á cuya proteccion fervorosamente recurrieron.

Pero hay más aún. Para obtener los beneficios de la prodigiosa Probática era condicion indispensable estar cerca de ella, esperando el movimiento de sus aguas milagrosas y bañarse en ellas. Los que no podían hallarse en tales condiciones, volvíanse afligidos y enfermos como á ella habían llegado. El mismo Evangelio nos habla de un hombre, que por espacio de treinta años venía sufriendo de parálisis, y que si bien había llegado á la Probática, inmóvil por sus dolencias, y careciendo de persona que lo sumergiera en aquellas aguas salvadoras, cuando se agitaban movidas por prodigioso im-

pulso, no pudo jamás verse restituido á la salud primitiva. No sucede lo mismo en la Saleta. Nó, no es necesario subir á aquella montaña para obtener beneficios de María; nó, no es necesario postrarse sobre aquella roca para ser generosamente atendido por la magnánima dispensadora de las gracias. Tantos que no podían abandonar la casa propia, tantos que no podían salir de las paredes del hogar doméstico, dirigieron desde léjos sus súplicas á la Virgen aparecida en la Saleta, y sus voces fueron oidas, y colmados fueron sus fervientes deseos. Empresa árdua, sin duda, empresa temeraria, quizás disparatada é imposible empresa sería, el arriesgarse á enumerar las innumerables gracias recibidas por aquellos que, sin subir á la Saleta, se recomendaron al patrocinio de la Virgen, invocándola bajo este título. Yo creo que si el más elocuente orador intentára someterse á semejante prueba, sentiría confundírsele el entendimiento y desfallecerle la voz, agobiado por la grandeza, por el esplendor, por el número inmenso de estas gracias.

Testimonio de estas gracias son los innumerables cuadros votivos pendientes de las paredes del Santuario de la Saleta, y colocados allí por los que, regocijados con el beneficio impetrado, quisieron dar á la generosa Virgen pública muestra de su fidelísima gratitud. Testimonio de estas gracias son los riquísimos regalos en vestidos, aderezos, piedras preciosas, coronas, vasos sagrados, lámparas riquísimas, dones ofrecidos por la piedad de los fieles para el más esplendoroso culto de la Madre celestial, y cuyo número y valor difícilmente pueden apreciarse. Testimonio de estas gracias son los mismos pueblos, en los que la devocion á la Virgen de la Saleta, léjos de disminuir con el trascurso de los años, léjos de entibiarse y decaer con el tiempo, crece de día en día, aumenta considerablemente, y cada vez es mayor la concurrencia de los fieles á la montaña en que se efectuó la aparicion, y á los templos en que la memoria de tal aparicion se celebra. Acerca de cuyos testimonios si yo hubiese de ocupar vuestra atencion, vería extenderse ante mis plantas inmenso campo á mi discurso, ilimitado por la variedad y sorprendente multitud de pruebas que podría presentaros. Prefiero, por lo tanto, pasarlas en silencio, máxime cuando tales testimonios surgen por todas partes; y vosotros mismos, hermanos míos, con vuestra asistencia á esta solemnidad religiosa, constituís un evidentísimo argumento de aquella piedad y de aquella devocion.

Sin alargar, pues, los límites de este discurso, no concluiré ántes de exhortaros, á que acrecentéis más y más en vuestros corazones el

fervor en la devoción á la Virgen de la Saleta. No debo omitir tampoco, que para asegurarnos la protección de María es necesario, que á las palabras acompañe la reforma del corazón. El fin que se propuso la Virgen al aparecerse en la Saleta fué el vernos corregidos y enmendados, y nosotros, para serle gratos, debemos enmendarnos y corregirnos. Hagamos que nuestros afectos, en vez de manchados y contagiados por el impuro amor de las cosas terrenas, se dirijan á caminar por los rectos senderos de la eterna salvación, y María, no nos protegerá con especial benevolencia. Pues, aunque en este caso, nos faltarán tentaciones que procuren desviarnos y llevarnos al camino de la perdición, hallaremos refugio agrupándonos á los piés de nuestra Madre, escondiéndonos bajo la sombra protectora de su manto, como bajo las alas de su madre se agrupan los tímidos pajarillos al divisar en los aires al rapaz gavilán. Animo pues, hermanos míos, ánimo, resueltos como estamos á alistarnos bajo las banderas de aquella Reina, que por nuestro bien se apareció en la Saleta. Declarémonos hoy todos por siervos suyos, por devotos suyos, por hijos suyos; alcemos nuestra voz, y digámosle desde lo más íntimo de nuestro corazón:

Escuchadnos ¡oh María! que aquí estamos todos, y todos somos hijos vuestros, indignos por nuestras culpas de vuestro amor, no tendríamos esperanza de conseguirla, si no supiésemos que sois bondadosísima y clementísima hasta con los ingratos. Por este motivo renace la confianza en nuestros corazones, y á Vos nos presentamos, pidiéndoos vuestro piadoso auxilio y vuestra maternal bendición. Vos, guía y salvación de tantos desgraciados; Vos, benéfica consoladora de tantos afligidos; Vos, esperanza y vida nuestra; Vos, asistencia nuestra en todos nuestros peligros; defendednos contra todos nuestros enemigos, ayudadnos en la hora de la muerte, libradnos de las llamas del eterno fuego, y no nos abandoneis hasta tanto que no háyamos sido introducidos en la gloria del Paraíso, que á todos os deseo.

NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD.

Exestimabat... quod Deus per manum ipsius daret salutem illis.
 Estaba persuadido de que, por su medio, les había de dar Dios salud.

(Act. VII, 25.)

La solemne festividad, con la cual celebramos hoy á María Santísima con tanta pompa religiosa, no puede ménos de ser carísima á todos los corazones devotos suyos. Porque, si bien bellas son todas las fiestas con las cuales, bajo diferentes títulos, todos conmovedores, consolativos y afectuosos, suele el pueblo cristiano venerar á la augusta Madre de Dios, ¿cuál otro podría serle más grato ni mejor disponerla á nuestro favor como el de Nuestra Señora de la Salud, con el que en este día la saludamos? Indudablemente, muchas son las enfermedades que trabajan á los hombres, cualesquier que sea el estado y condición en que se hallen; la propensión á los placeres sensibles, la avidez de goces materiales, ofuscan de tal modo el entendimiento, comprometen de tal manera la salud del alma y del cuerpo, que desfallecida la esperanza de encontrar un remedio eficaz y poderosísimo en los medios humanos, no queda al fin otro recurso, que levantar los ojos al Cielo é invocar el patrocinio de María. He aquí porqué, convencidos de esa verdad y del poder de su Madre, nuestros abuelos instituyeron esta festividad, impulsados por un sentimiento tan piadoso como laudabilísimo. Impulsados por un sentimiento piadoso, porque en la lucha continua contra tantos y tantos enemigos coligados en perjuicio nuestro, halláronse necesitados de socorro; impulsados por un sentimiento laudabilísimo, porque pidieran la salud á Aquella de quien podían obtenerla.

Este mismo pensamiento, hermanos míos, debe animarnos á imitar el ejemplo de los que nos precedieron en esta vida, y hoy yacen